



## Aspectos de la tradición clásica en *La Regenta* de Leopoldo Alas, “Clarín”<sup>1</sup>

**Juan Antonio López Férez**  
**Universidad Nacional de Educación a Distancia - Madrid**

### Resumen

Leopoldo Alas, “Clarín”, acude con frecuencia a los clásicos grecolatinos, no pocas veces con intención irónica o crítica, demostrando la ignorancia o mal uso de la tradición grecorromana en su época. Examino algunos aspectos de esa tradición en *La Regenta* (1884-5), distribuyendo los materiales en varios apartados: observaciones sobre el conocimiento o la ignorancia de las lenguas griega o latina; alusiones a autores u obras de la literatura griega; referencias directas a autores u obras de la literatura latina; personajes históricos griegos o romanos; notas de cultura grecorromana; apunte sobre el léxico de origen griego o latino.

*Palabras clave: Tradición clásica - La Regenta - Clarín*

### Abstract

Leopoldo Alas, “Clarín”, often mentions the Greco-Roman classics, sometimes with satirical intention, demonstrating the ignorance or bad use of

<sup>1</sup> Trabajo realizado dentro del Proyecto de investigación HUM2006-08548 de la Dirección General de Investigación (Ministerio de Educación y Ciencia).

[Sigo la edición siguiente: *Leopoldo Alas, “Clarín”, La Regenta*, Oleza, Juan, ed., Madrid, Cátedra, 1990 (dos volúmenes: los capítulos 1-15 corresponden al primero; 16-30, al segundo. Nuestras citas recogen, sucesivamente, el capítulo y la(s) página(s) de esa edición. Los puntos suspensivos entre paréntesis, señal de texto abreviado, los he puesto yo]. Un resumen de este estudio, con el título “Notas sobre la tradición clásica en *La Regenta* de Leopoldo Alas, Clarín”, lo expuse en el *XVI Congreso Internacional de Hispanistas* (París, 8-13 de julio de 2007); será publicado en las *Actas* correspondientes.

*Olivar* N° 13 (2009), 127-151.



the Greco- Roman tradition in his time. I examine some aspects of this tradition in *La Regenta* (1884-1885), distributing the material in several items: observations about the knowledge or ignorance of Greek or Latin; mentions of authors or works from Greek literature; direct references of authors or works of Latin literature; Greek or Roman historical personages; notes of Greco- Roman culture; indication about the Greek or Latin vocabulary.

*Keywords: Classical Tradition classique, La Regenta - Clarín*

Leopoldo Alas, “Clarín” (1852-1901) fue, de entre los grandes novelistas del XIX, el que menor número de novelas publicó, pero, en cambio, llegó a ser el crítico más fecundo y uno de los mejores creadores de narraciones cortas, más de un centenar. De sus dos novelas largas, *La Regenta* (1884-1885) y *Su único hijo* (1891), abordo, en la primera, algunos aspectos de la tradición clásica, dejando a un lado la presencia de los mitos clásicos en la misma, asunto del que ya me he ocupado (López Férez 2009).

## **1. Observaciones sobre el estudio, conocimiento o ignorancia de las lenguas griega y latina**

Cuando el escritor nos describe la fisonomía del Magistral, Don Fermín de Pas, leemos: “La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra maestra en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba” (1.150).<sup>2</sup>

Don Robustiano Somoza era el médico de la aristocracia vetustense. El autor nos lo describe así: “Había estudiado poco, pero había ganado mucho (...) No usaba muchos términos técnicos, porque, según él, a los profanos no se les debe asustar con griego y latín. No era pedante, pero cuando le apuraban un poco, cuando le contradecían, invocaba el sacrosanto nombre de la ciencia, como si llamase al comisario de la policía” (12.512).

<sup>2</sup>La referencia a la lengua griega como señal de algo imposible de entender (“leer y traducir”) es una constante en la literatura española.

Los padres de don Fermín de Pas, el Magistral, habían vivido en Matalerejo, junto a las minas de carbón; el padre, licenciado de Artillería, era un manirroto que daba vino al fiado, lo que causó la ruina de la familia; tras ello, decidió volverse a los montes y dedicarse al pastoreo como sus antepasados. La madre, doña Paula, en cambio, quería hacer clérigo a su hijo. El padre, por el contrario, decía: “—Pastor y vaquero ha de ser, como su abuelo y como su padre», gritaba el licenciado cada vez que la madre hablaba de mandar al niño a aprender latín con el cura de Matalerejo” (15.642).

Ese cura había intentado otrora violar a doña Paula, entonces su ama de llaves; posteriormente, ésta, encinta por obra del padre de Fermín, había logrado que el cura, para evitar las calumnias, lo convenciera, mediante una buena dote, de casarse con ella. Pasados los años, doña Paula, preocupada por el porvenir de Fermín, “le hizo estudiar latín con el cura, el mismo que había dado la dote perdida por el difunto” (15.643).

El Obispo de Vetusta, Fortunato Camoirán, estaba dominado por De Pas y su madre. La cosa venía de lejos, de cuando era canónigo en Astorga y doña Paula era su ama de llaves. En una ocasión el prelado, en su palacio, estaba sentado en un sillón y dos señoras en un sofá cercano: “El Obispo al ver al Magistral se ruborizó, como un estudiante de latín sorprendido por sus mayores con la primera tagarnina” (12.545).<sup>3</sup>

En su presentación del principal paseo público de Vetusta nos dice el narrador: “Era el Espolón un paseo estrecho, sin árboles, abrigado de los vientos del Nordeste, que son los más fríos de Vetusta, por una muralla no muy alta, pero gruesa y bien conservada, a cuyos extremos ostentaban su arquitectura achaparrada sendas fuentes monumentales de piedra oscura, revelando su origen el ablativo absoluto *Rege Carolo III*, grabado en medio de cada mole como por obra del agua resbalando por la caliza años y más años” (14.611).<sup>4</sup>

En la novela tenemos varios pasajes en que se habla del desconocimiento de la lengua del Lacio: nada menos que el futuro marqués de Vegallana desconoce el latín (8.388 y 389);<sup>5</sup> el coronel Fulgosio tampoco

<sup>3</sup> Se llamaba tagarnina a los cigarros puros de mala calidad.

<sup>4</sup> La expresión latina quiere decir “siendo rey Carlos III”.

<sup>5</sup> Véase, además, 6.342-3 a propósito de un recién licenciado en Medicina.

entiende una frase latina (20.236); a Don Pompeyo no le gustaba la cera ni el latín (22.335).

Clarín disfruta sacando a relucir a personajes que aparentan decir frases en latín, cuando lo ignoran por completo. Ronzal, en el Casino, durante una acalorada discusión, habla así de don Álvaro Mesía, presidente de la institución: “¡Ni Mesía ni San Mesía me asustan a mí! y yo lo que digo, lo digo cara a cara y a la faz del mundo, *surbiceorbi* (a la ciudad y al mundo en el latín ronzalesco)” (7. 351).

Al hablar de las libertades sexuales de la mujer a lo largo de la historia, surgió un coloquio lleno de interés, en el que se afirmaba, por ejemplo, que lo que busca una mujer en un hombre es, en suma, un buen físico. “–Eso creo yo –solía afirmar Ronzal–; la mujer es así *urbicesorbi* (en todas partes, en el latín de Trabuco)” (9.440). Obdulia critica la cerrazón del Rector del Seminario de Vetusta, opuesto a que curas y mujeres pasearan mezclados por el Espolón:

–Un hombre así –aseveraba Obdulia– debía pasar la vida sobre una columna...

–Como San Simón *Estilista* –acudió Trabuco, que estaba presente. (14.613)<sup>6</sup>

Una expresión repetida dos veces es *pulvisés*, deformación de *pulvis es*, “eres polvo” (1.173). Así, cuando Visita, que en su día fuera amante de Mesía, entró a ver a Ana Ozores, mientras le sujetaba las muñecas le hablaba de don Álvaro:

–¿No sabes lo de Álvaro?

El pulso se alteró, lo sintió ella con gran satisfacción.

“A mí con santidades –pensó–; *pulvisés*, como dijo el otro”. (21.288)

Algo más adelante, tras contarle Visita a su amiga lo que sucedió en la estación cuando Álvaro, que iba en dirección a Madrid, cambió de viaje y se marchó en dirección a Palomares en compañía de la mujer del ministro con la que mantenía ciertas relaciones:

<sup>6</sup> Por San Simeón Estilita (de *Stylita*), es decir, el de la columna (en griego, *stýlos*).

Visita (...) conoció la turbación de Ana, y con gran júbilo, confirmó para sus adentros la teoría del *pulvisés* o sea de la ceniza universal.

“Ana tenía celos; luego tenía amor; no hay humo sin fuego”. (21.289)

Dentro de este apartado entraría lo que dice Pepe, criado de los marqueses, al encontrar a Quintanar y al Magistral, a quienes creían perdidos en el bosque:

“–No ha sido mala broma, je, je...Probecicos y da lástima verles...sobre todo este señor cura está hecho un *eciomo*, perdonando la comparanza, es una sopa...” (28.483)<sup>7</sup>

## 2. Alusiones a autores u obras de la literatura griega

Tras algunos inconvenientes, don Carlos, padre de Ana, se encargó personalmente de la educación de su hija: “De las novelas modernas algunas le prohibía leer, pero en cuanto se trataba de arte clásico, “de verdadero arte”, ya no había velos, podía leerse todo. El romántico Ozores era clásico después de su viaje por Italia.

–¡El arte no tiene sexo! –gritaba–. Vean ustedes, yo entrego a mi hija esos grabados que representan el arte antiguo, con todas las bellezas del desnudo que en vano querríamos imitar los modernos. ¡Ya no hay desnudo! –y suspiraba.

La Mitología llegó a conocerla Anita como en su infancia la historia de Israel.

–*Honni soit qui mal y pense!* –repetía don Carlos, y lo otro de–: *Ob, procul, procul estote prophani.*

Y no tomaba más precauciones.

Por fortuna en el espíritu de Ana la impresión más fuerte del arte antiguo y de las fábulas griegas, fue puramente estética; se excitó su fantasía, sobre todo, y gracias a ella, no a don Carlos, aquel inoportuno estudio del desnudo clásico no causó estragos.

<sup>7</sup> El término subrayado es una deformación popular de la frase evangélica *Ecce homo* (Juan, 19.5), “¡He aquí el hombre!” (*idoù ho ánthrôpos*, en el texto griego), pronunciada por Poncio Pilato cuando presentó ante la multitud a Jesús flagelado y con la corona de espinas.

La muchacha envidiaba a los dioses de Homero que vivían como ella había soñado que se debía vivir, al aire libre, con mucha luz, muchas aventuras y sin la férula de un aya semiinglesa.

También envidiaba a los pastores de Teócrito, Bion y Mosco; soñaba con la gruta fresca y sombría del cíclope enamorado, y gozaba mucho, con cierta melancolía, trasladándose con sus ilusiones a aquella Sicilia ardiente que ella se figuraba como un nido de amores” (4.260-2)<sup>8</sup>

El escritor habla con detenimiento de los años que la pequeña Ana Ozores pasó con doña Camila, su dura e inflexible aya. La niña buscaba una salida en sus lecturas: “La poesía épica predomina lo mismo que en la infancia de los pueblos en la de los hombres. Ana soñó en adelante más que nada en batallas, una *Ilíada*, mejor, un *Ramayana* sin argumento. Necesitaba un héroe y le encontró: Germán, el niño de Colodres” (4.252).<sup>9</sup>

El autor habla de los muebles de la marquesa, tales que incitaban a echarse y descansar en ellos: “El sofá de panza anchísima y turgente con sus botones ocultos entre el raso, como pistilos de rosas amarillas, era una muda anacreóntica, acompañada con los olores excitantes de las cien esencias que la Marquesa arrojaba a todos los vientos” (8.386).<sup>10</sup>

El Magistral, que sin avisar a su madre ha comido en el Vivero con los Marqueses y sus invitados, se demora en volver a su casa; pasea, ya de noche, levanta la vista al cielo y se fija en las estrellas: “De Pas se

<sup>8</sup> El texto merece una nota bastante más larga que la que podemos dedicarle en este momento. Se recoge, en el primer párrafo en cursiva, la divisa de la Orden de la Jarretera, la más antigua de las inglesas, fundada en el siglo XIV. Conviene destacar la mención de los dioses de Homero que aparecerían en los libros de arte y de mitología manejados por la niña. Por otra parte, la frase latina procede de la *Eneida*, 6.258: ‘*procul, o procul este, profani*, “alejaos, alejaos, profanos”, palabras que les dice la Sibila a Eneas y sus acompañantes. (Hay un error en la edición que manejamos: *prophani*). Además, se mencionan tres poetas bucólicos griegos: Teócrito, Bión (mal acentuado en el texto seguido) y Mosco. También se hace referencia al Cíclope enamorado, una variante helenística muy alejada ya del salvaje y antropófago Polifemo de la *Odisea*.

<sup>9</sup> Se recoge aquí la teoría romántica según la cual la épica nace en una época primitiva de forma espontánea para conmemorar hechos heroicos y gestas nacionales. Junto a la *Ilíada*, poema épico griego de fines del VIII a. C., se menciona el *Ramayana*, composición épica india de seis siglos más tarde.

<sup>10</sup> Pienso que anacreóntica hace referencia en esta secuencia a una composición poética en que, al modo de las de Anacreonte (poeta griego del VI a. C.), se ensalzan las virtudes del vino y los placeres eróticos de toda laya.

detuvo, se descubrió, limpió el sudor de la frente y se quedó mirando a los astros que brillaban sobre su cabeza sumidos en el abismo de lo alto.”Tenía razón Pitágoras: parecía que cantaban”. En aquel silencio oía los latidos de la sangre de su cabeza...” (14.624).<sup>11</sup>

Varias veces encontramos el adjetivo “platónico” calificativo de amor, con el valor de afecto puro, exento de erotismo. En tal sentido lo tenemos tres veces, al menos, en el *Quijote*, por ejemplo.<sup>12</sup> Don Álvaro pasa lista a los dos años, ya transcurridos, desde que la Regenta debía de creerle enamorado de ella: “Con esto y la natural vanidad que lleva a la mujer a creerse querida de veras, la Regenta podía, si le importaba, creer que el Tenorio de Vetusta había dejado de serlo para convertirse en fino, constante y platónico amador de su gentileza” (7.371).

En la carretela que había de transportarlos al Vivero, la casa de campo de los Marqueses, el canónigo Ripamilán iba sentado entre doña Petronila (a la que él llamaba el Gran Constantino) y el Magistral:

(...) iba en sus glorias; no por su contacto con el Gran Constantino, sino por ir entre damas, bajo sombrillas, oliendo perfumes femeniles, y sintiendo el aliento de los abanicos; ¡salir al campo con señoras! ¡la bucólica cortesana, o poco menos! El bello ideal del poeta setentón, del eterno amador platónico de Filis y Amarilis con corpiño de seda, se estaba cumpliendo. (13.606)<sup>13</sup>

<sup>11</sup> En el *Fr. B 35.10* de los textos de la escuela pitagórica (procedente de Aristóteles, *Sobre el cielo*, 2.9.290 b 12 ss) se nos dice que, cuando los astros son transportados en círculo, se oye un sonido harmónico.

<sup>12</sup> Cf. *Don Quijote de la Mancha*, F. Rico, ed., Madrid, Real Academia Española, 2004. Citamos por parte, capítulo y página de esa edición: 1.25, p.242; 2.3, p.568; 2.32, p.793. Recordemos este último pasaje, donde, ante la reprimenda del eclesiástico que niega la existencia de caballeros andantes, gigantes, malandrines y Dulcineas encantadas, el héroe manchego, entre otras razones, afirma: “...Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y, siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentales”.

<sup>13</sup> *Amaryllis*, Amarilis, es el nombre de una pastora en las *Bucólicas* virgilianas; por ejemplo, 1.30; 36; 2.52; 3.81; 8.77; etc. Después es nombre muy usado por la poesía bucólica posterior. Por su lado, *Phyllis*, Filis, la encontramos repetidas veces en dicha obra virgiliana: 3.76.78.107(servidora de Yolas), 7.59.76 (sirvienta de Tirsis), 10.37.41 (pastora); luego, pasó a la bucólica posterior. Destaquemos la comparación de la beata con Constantino, el emperador que protegió los intereses de la Iglesia cristiana.

El Magistral, asomado al balcón de su casa, reflexiona sobre madre y sus anhelos para sacarlo adelante, pero, de pronto, pasó a pensar en Ana Ozores, que confesaba con él: “La sonrisa de la Regenta se le presentó unida a la boca, a las mejillas, a los ojos que la dieran vida...y recordó una a una todas las veces que le había sonreído. En los libros aquello se llamaba estar enamorado platónicamente; pero él no creía en palabras. No; estaba seguro que aquello no era amor. El mundo entero, y su madre con todo el mundo, pensaban groseramente al calificar de pecaminosa aquella amistad inocente” (15.650).

Un sentido especial cobra el adjetivo en boca de Álvaro Mesía, que les está contando a sus amigos algunas de sus hazañas amorosas: “—Otras veces, amigos, había que recurrir a la fuerza. Renunciar a una victoria que se consigue con los puños y sudando gotas como garbanzos, entre arañazos y coces, es ser un platónico del amor, un *cursi*; el verdadero don Juan del siglo, y de todos los siglos a la vez, vence como puede; es romántico, caballeresco, pundonoroso cuando conviene; grosero, violento, descarado, torpe si hace falta” (20.240).

Muy adelantada la novela, Quintanar y la Regenta han vuelto a Vetusta desde la playa; él estaba muy contento. A su vez, Ana y Mesía habían hablado de que Quintanar era una especie de padre para ella:

Mesía no se daba prisa. Aquella casada no era como las otras; había que conquistarla como a una virgen; en rigor él era su primer amor y los ataques brutales la hubieran asustado, le hubieran robado mil ilusiones. Además a él también le rejuvenecía aquella situación de amor platónico, de intimidad dulcísima en que sólo él hablaba de amor con la boca y ambos con los ojos, la sonrisa y todo lo demás que era mudo y no era deshonesto y grosero. (...) No recordaba don Álvaro haber deseado tanto a una mujer ni haber gozado con los amores platónicos, según él llamaba a todos los no consumados, como estaba gozando entonces. (28.502).

El Magistral acudió a Santa María la Blanca, pues era día de conferencia en la Santa Obra del Catecismo de las Niñas. Se trataba, en efecto, de niñas de siete a catorce años con las que disfrutaba mucho el canónigo. Se nos dice de él que “se recreaba en los ojos de las que ya los tenían transparentes de malicia; y, más sutilmente, encontraba placer en manosear cabellos de ángeles menores”. Salió del templo con la boca hecha agua, pensando que “aquellas sensaciones, que le habían invadido



por sorpresa, le recordaban años que quedaban muy atrás”: “De todas suertes, lo que le pasaba probaba que aún era joven, que no era por necesidad disfrazada de idealismo por lo que se juraba ser platónico, siempre platónico, o por lo menos indefinidamente, en sus relaciones con la fiel y querida amiga. Volvió su pensamiento a la Regenta (...)” (21. 266 y 269).

Pero, al menos en una secuencia, tal adjetivo pasa a otra esfera semántica para calificar a la persona dotada de cultura literaria. En efecto, se nos dice que Ana Ozores es romántica, nada vulgar en sus gustos y juicios; le repugnaban los juegos, no poco eróticos, que tenían lugar en el Vivero. Visitación Olías de Cuervo (repárese en el nombre parlante) estaba empeñada en que cayera en brazos de Álvaro Mesía, a fin de que le ocurriera lo que en otro tiempo a ella misma le había sucedido, cuando era amante del apuesto galán. Así hablaba la tal Visita con don Álvaro: “-Mira, chico, eso es hacer la tonta, la literata, la mujer superior, la platónica... (...) Todo eso es romanticismo, pero a mí no me la da; por aquello de *pulvisés*” (16.72-3).<sup>14</sup>

A continuación veremos dos referencias a Epicuro y dos más a su escuela y al adjetivo correspondiente al nombre propio. Efectivamente, se nos habla del Arcediano don Restituto Mourelo, alias Gloucester, y de su sermón de viernes de Cuaresma “(...) se fue al grano en seguida. La antífrasis, el eufemismo, la alusión, el sarcasmo, todos los proyectiles de su retórica, que él creía solapada y hábil, los arrojó sobre el impío Arouet, como él llamaba a Voltaire siempre. Porque Mourelo andaba todavía a vueltas con el pobre Voltaire; de los modernos impíos sabía poco; algo de Renan y de algún apóstata español, pero nada más. Nombres propios casi ninguno: el grosero materialismo, el asqueroso sensualismo, los cerdos de los establos de Epicuro y otras colectividades así hacían el gasto (...)” (12.531).<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Repárese en el *pulvisés* del que ya nos hemos ocupado.

<sup>15</sup> Desde Leucipo y, en especial, Demócrito, en el siglo V a.C., tenemos sentadas las bases del materialismo atomista, es decir, la materia está formada de átomos y vacío y nada más existe. El pensamiento atomista fue recogido en el siglo IV a. C. por obra de Epicuro: entre sus teorías destaca la de liberar al hombre del miedo a la muerte y considerar el placer como bien sumo; no el placer de comer ni el disfrute de los bienes materiales, sino el de tener libertad respecto al dolor físico y mantener siempre la paz del alma. Entre los seguidores más sobresalientes del epicureísmo figura, sin duda, Lucrecio Caro (siglo I a. C.) que en su libro *De rerum natura* (*Sobre la naturaleza de las*

Sobre Obdulia Fandiño, viudad de Pomares, don Cayetano afirma ante otros canónigos tras intervenir en el coro: “En una fonda de la calle del Arenal tuve ocasión de conocer bien a esa Obdulia, a quien antes apenas saludaba aquí, a pesar de que éramos contertulios en casa del Marqués de Vegallana. Ahora somos grandes amigos. Es epicurista. No cree en el sexto” (1.196).<sup>16</sup>

Otra alusión a la recepción del pensamiento de Epicuro la hallamos en la siguiente secuencia:

A sus queridas, cuando no eran demasiado beatas y estaban muy enamoradas, procuraba imbuirlas en sus ideas acerca del átomo y la fuerza. El materialismo de Mesía era fácil de entender. Lo explicaba en dos conferencias. Cuando la mujer se convencía de que no había metafísica, le iba mucho mejor a don Álvaro.

Al recordar una hembra de las convertidas al epicureísmo solía decir don Álvaro con una llama en los ojos muy abiertos:

–“¡Qué mujer aquélla!” –y suspiraba. Aquella mujer nunca había sido una vetustense. Las vetustenses tampoco creían en la metafísica, no sabían de ella, pero no pasaban por ciertas cosas. (9.444)

Vienen ahora dos referencias a Juan Crisóstomo. Por una parte, Don Cayetano tenía especial habilidad en “bautizar” con apodos a las personas. Del Magistral, su íntimo amigo, decía de este modo: “–La verdad es que don Fermín es muy buen mozo, y, si las beatas se enamoran de él viéndole gallardo, pulcro, elegante y hablando como un Crisóstomo en el púlpito, él no tiene la culpa ni la cosa es contraria a las sabias leyes naturales” (2.198).<sup>17</sup>

Por otra parte, digamos que las reuniones furtivas del Magistral y la Regenta tenían lugar en el salón de Doña Petronila, a cuyo círculo no llegaba el descrédito general del canónigo: “(...) en casa del Gran Cons-

---

*cosas*) presenta a Epicuro como verdadero salvador de la humanidad, especialmente por haber librado al hombre del temor producido por la religión; Lucrecio es el mayor divulgador del pensamiento epicúreo en la sociedad romana. Durante toda la antigüedad el epicureísmo fue la doctrina filosófica ilustrada.

<sup>16</sup> Es decir, estaba entregada a los placeres de la carne, con clara referencia al sexto mandamiento.

<sup>17</sup> Alusión a San Juan Crisóstomo, es decir, “Boca de oro”, obispo de Constantinopla en el siglo V d. C. y eximio representante de la oratoria sagrada.

tantino nadie osaría poner en tela de juicio la santidad del Crisóstomo vetustense” (23.356).

### 3. Referencias directas a autores u obras de la literatura latina

Nos cuenta Clarín que don Álvaro era profundamente materialista, corriente de pensamiento de la que había leído varios autores. “También leyó en francés el poema de Lucrecio *De rerum natura*: llegó hasta la mitad. Decía bien el poeta, pero aquello era muy largo. Ya no veía más que átomos, y su buena figura era un feliz conjunto de moléculas en forma de gancho para prender a todas las mujeres bonitas que se pusieran delante” (9.443).<sup>18</sup>

Así se nos dice de don Cayetano Ripamilán: “Aunque era don Cayetano canónigo y tenía nada menos que la dignidad de arcipreste, que le valía el honor de sentarse en el coro a la derecha del Obispo, considerábase él digno de respeto y aun de admiración no por estos vulgares títulos, ni por la cruz que le hacía ilustrísimo, sino por el don inapreciable de poeta bucólico y epigramático. Sus dioses eran Garcilaso y Marcial, su ilustre paisano” (1.187).<sup>19</sup> Precisamente, don Cayetano, a otro canónigo que le reprendía por la pimienta de sus epigramas le replicaba de este modo:

–Nada, nada, repito lo que mi paisano y queridísimo poeta Marcial dejó escrito para casos tales, es a saber:

*Lasciva est nobis pagina, vita proba est.*

Con lo cual daba a entender, y era verdad, que él tenía los verdores en la lengua, y otros, no menos canónigos que él, en otra parte. Y no era

<sup>18</sup> Los átomos de Demócrito tienen forma y tamaño (no peso) y entran en el llamado torbellino cósmico, donde entrechocan unos con otros. Según lo que nos ha transmitido Teofrasto (siglo IV/III a. C), en su obra *Sobre la sensación*, los distintos tamaños y formas de los átomos darían lugar a los diferentes sabores, por ejemplo; así, en los cap. 65-7, leemos que el sabor salado está formado por átomos grandes, no redondos ni tampoco escalenos, muy curvos, que se enganchan entre sí y están trenzados, por lo que la sal es desmenuzable.

<sup>19</sup> Marcial había nacido en Bilbilis, la actual Calatayud. Era pues natural de lo que luego sería Aragón, tierra en que había nacido también el arcipreste, y, asimismo, Víctor Quintanar, el que sería esposo de la Regenta. Marcial (40-104 d. C.) destacó en Roma gracias a sus famosos *Epigramas* en quince libros, algunos mal conservados, donde nos describe con ironía, humor y mordacidad la sociedad que le rodea.

de estos días el ser don Cayetano muy honesto en el orden aludido, sino que toda la vida había sido un boquirroto en tal materia, pero nada más que un boquirroto. Y ésta era la traducción libre del verso de Marcial.” (2.193)<sup>20</sup>

Y, en otra secuencia, don Cayetano, sigue hablando de Obdulia: “El arcipreste narraba las aventuras de la dama como lo hubiera hecho Marcial, salvo el latín” (1.197).

Ana Ozores despreciaba los elogios que a su hermosura tributaban los señoritos nobles y los abogadetes de Vetusta:

Y como la historia ha de atreverse a decirlo todo, según manda Tácito, sépase que Anita, casta por vigor del temperamento, encontraba exquisito deleite en verificar la justicia de aquellas alabanzas. Era verdad, era hermosa. Comprendía aquellos ardores que con miradas unos, con palabras misteriosas otros, daban a entender todos los jóvenes de Vetusta. Pero ¿el amor? ¿era aquello el amor? No, eso estaba en un porvenir lejano todavía. Debía de ser demasiado grande, demasiado hermoso para estar tan cerca de aquella miserable vida que la ahogaba, entre las necesidades y pequeñeces que la rodeaban. Acaso el amor no vendría nunca; pero prefería perderlo a profanarlo (5.298-9).<sup>21</sup>

Don Carlos, el padre de Ana que nunca “leía libros de santos ni de curas” tenía en su casa, en francés, las *Confesiones* de San Agustín, pues lo consideraba un filósofo. Ana, con quince años, las leyó con profunda impresión, haciéndose preguntas sobre si su propia vida iba a terminar; creyó oír dentro de sí un “sí” estremecedor. Todo eso le ocurrió poco antes de llegar al pasaje en que “el santo refiere que paseándose también por un jardín oyó una voz que le decía *Tolle, lege* y que corrió al texto sagrado y leyó un versículo de la Biblia. Ana gritó, sintió un temblor por toda la piel del cuerpo y en la raíz de los cabellos como un soplo que los erizó y los dejó erizados muchos segundos (...) Y lloró sobre las

<sup>20</sup> Corresponde a los *Epigramas*, 1.4. 8: “Mi página es lasciva, pero mi vida, honrada”. El original latino no ofrece el segundo *est*, es decir, acaba así: *vita proba*.

<sup>21</sup> Al comienzo de sus *Historias*, 1.1, Tácito nos indica que el principado de Nerva y el imperio de Trajano los ha dejado para tratarlos en su vejez, “cuando por una rara felicidad de los tiempos es lícito sentir lo que quieras y decir lo que sientas” (*rara temporum felicitate ubi sentire quae velis et quae sentias dicere licet*).

*Confesiones* de San Agustín, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento” (4.266).<sup>22</sup>

#### 4. Personajes históricos griegos o romanos

Pepe Ronzal, alias Trabuco, no había acabado ninguno de los derechos, ni civil ni canónico, pero había subido mucho hasta llegar a diputado provincial. Sabedor de que “en el Casino pasaban por más sabios los que gritaban más, eran más tercos y leían más periódicos”, se dijo:

“Esto de la sabiduría es un complemento necesario. Seré sabio. Afortunadamente tengo energía –tenía muy buenos puños– y a testarudo nadie me gana, y disfruto de un pulmón como un manolito (monolito, por supuesto). Sin más que esto y leer *La Correspondencia* seré el Hipócrates de la provincia”.

Hipócrates era el maestro de Platón, maestro al cual nunca llamó Sócrates Trabuco, ni le hacía falta (6.346).

En otra ocasión, a las palabras de Mesía respecto a que era exageración lo afirmado por Foja, el ex-alcalde, leemos:

–*Vox populi*...

–El pueblo es un majadero –gritó Ronzal–. El pueblo crucificó a Nuestro Señor Jesucristo, el pueblo dio la cicuta a Hipócrates.

–A Sócrates –corrigió Orgaz, hijo, vengándose bajo el seguro de la presencia de don Álvaro. (7.359)<sup>23</sup>

Don Pompeyo, el ateo, que había cuidado durante muchos días a don Santos Barinaga para que pudiera cumplirse la voluntad del enfermo (morir sin sacramentos y lejos de toda religión), una vez muerto su amigo, exclamó con orgullo: “–¡Muerte gloriosa! –decía don Pompeyo al oído de cualquier enemigo del Provisor que venía a compadecerse a última hora de la miseria de Barinaga–. ¡Muerte gloriosa! ¡Qué energía! ¡Qué

<sup>22</sup> La frase latina equivale a: “toma, lee”. Corresponde a *Confesiones*, 8.12. Oleza, en nota, explica que tal expresión influyó mucho en Santa Teresa, cuyas obras leería también Ana Ozores: cf. 19.189.

<sup>23</sup> *Vox populi*, “la voz del pueblo”, no está registrado en latín clásico; sí encontramos en Silio Itálico y Marcial (una vez en cada uno) la secuencia *populi vox*.

tesón! Ni la muerte de Sócrates...porque a Sócrates nadie le mandó confesarse” (22.332).

Dos extraordinarios escultores griegos aparecen dentro de la misma secuencia. Efectivamente, doña Águeda, tía de Ana, le preparaba buenas comidas; la muchacha mejoró muchísimo, hasta tal punto que era considerada la joven más bella de Vetusta:

Doña Águeda agradecía este triunfo como Fidias pudiera haber agradecido la admiración que el mundo tributó a su Minerva.

–¡Es una estatua griega! –había dicho la marquesa de Vegallana, que se figuraba las estatuas griegas según la idea que le había dado un adorador suyo, amante de las formas abultadas.

–¡Es la Venus *del Nilo*! –decía con embeleso un pollastre llamado Ronzal, alias el Estudiante.

–Más bien que la de Milo la de Médicis –rectificaba el joven y ya sabio Saturnino Bermúdez, que sabía lo que quería decir, o poco menos.

–¡Es *un* Fidias! –exclamaba el marqués de Vegallana, que había viajado y recordaba que se decía: “un Zurbarán”, “un Murillo”, etc., etc., tratándose de cuadros.

Y Bermúdez se atrevía a rectificar también:

–En mi opinión más parece de Praxíteles.

El marqués se encogía de hombros.

–Sea Praxíteles.

Las señoras eran las que podían juzgar mejor, porque muchas de ellas habían conseguido ver a Anita como se ven las estatuas. No sabían si era *un* Fidias o *un* Praxíteles, pero sí que era una real moza; un *bijou*, decía la baronesa tronada que había estado ocho días en la Exposición de París. (5.291-3) <sup>24</sup>

En la descripción de Teresina, la criada de doña Paula, madre del Magistral, leemos: “Las facciones de aquel rostro se acercaban al canon

<sup>24</sup> La Venus (o Afrodita) de Milo (que se encuentra en el Museo del Louvre) de fines del II d. C. se hizo siguiendo una obra de Lisipo, la llamada Afrodita de Capua (que se halla en el Museo de Nápoles). Por su lado, la Venus de Médicis, conservada en la Galería de los Uffizi de Florencia se atribuye a Lisipo, extraordinario escultor del siglo IV a .C. A su vez, Praxíteles, escultor del siglo IV a. C. también fue famoso, entre otras cosas, por sus Afroditas de extraordinaria hermosura, entre las que descuella, sin duda, la Afrodita de Cnido.

griego y casaba muy bien con ellas la dulce seriedad de la fisonomía” (11.488).<sup>25</sup>

Don Álvaro, por boca del autor, reflexiona sobre sus andanzas amorosas: “No se apresuraba nunca en las cosas difíciles. Él, el conquistador a lo Alejandro, el que había rendido la castidad de una robusta aldeana en dos horas de pugilato, el que había deshecho una boda en una noche, para sustituir al novio, el Tenorio repentista, en los casos graves procedía con la paciencia de un estudiante tímido que ama platónicamente” (7.370).<sup>26</sup>

Sigue otra alusión al insigne rey macedonio a propósito de don Fermín y su defensa de la infabilidad pontificia: “El Magistral había sido desde el principio de la batalla entusiástico partidario de la declaración. “Era el valor, la voluntad enérgica, la afirmación del imperio, una aventura teológica, parecida a las de Alejandro Magno en la guerra y las de Colón en el mar”” (11.485).

Hemos visto que Mesía les contaba a sus amigos sus conquistas amorosas más destacadas dando todo tipo de explicaciones y detalles: “Nunca se le olvidaría a don Álvaro un combate de amor que duró tres noches, y fue más glorioso para la vencida que para el vencedor (...) “Hubo momentos en que peleé, como César en Munda, por la vida”” (20.240).<sup>27</sup>

Ripamilán fue el encargado de leer el evangelio en la Misa del Gallo donde se recuerda el nacimiento de Jesús. Así decía el arcipreste: “... En aquel tiempo se promulgó un edicto mandando empadronar a todo

<sup>25</sup> Policleto, famoso escultor de la escuela de Argos, brilló entre 460 y 420 a. C. Nos han llegado algunas referencias de su obra llamada *Canon* (Norma, medida): cabe decir que su autor recogió en ella los resultados de un estudio cuidadoso del cuerpo humano, en que se parte del concepto de la simetría. Quizá sea el famoso Doríforo el que contenía de modo conspicuo las medidas contenidas en la citada obra.

<sup>26</sup> Entiéndase la comparación con Alejandro como modelo de conquistador incansable, inasequible al desaliento. Recuérdese lo que decimos del adjetivo “platónico”: véanse los textos recogidos en notas 90 y siguientes.

<sup>27</sup> La batalla de Munda (en la Bética hispánica; cerca de la actual Ronda, según los estudiosos) tuvo lugar en el 45 a.C.; en ella César aniquiló a los hijos y seguidores del ya desaparecido Pompeyo.

el mundo. Fue cosa de César Augusto, muy aficionado a la Estadística” (20.344).<sup>28</sup>

La Regenta, como prueba de adhesión inquebrantable al Magistral, su confesor, le había ofrecido salir vestida de nazarena en la procesión del Entierro, celebrada en Viernes Santo. A su lado, de nazareno también, iba el maestro más sanguinario de Vetusta: don Belisario Zumari, alias Vinagre, que llevaba botas de charol, mientras Ana marchaba descalza: “Demasiado sabía Vinagre que las botas de charol no existían en tiempo de Augusto, ni aunque existieran las había de llevar Jesús al Calvario; pero él no era más que un devoto, un devoto que en todo el año no tenía ocasión de lucirse; había que perdonarle la vanidad de ostentar en aquella ocasión sus botas como espejos, que sólo se calzaba en tan solemne día” (26.429).

## 5. Notas de cultura grecorromana

Don Carlos, padre de Ana, se había acogido a una amnistía y pasaba parte del año en Madrid con su hija y el aya que la atendía, doña Camila, y, el verano y otoño, en una quinta situada en Loreto (Asturias, cerca del mar). En Madrid el padre iba con la niña al Museo de Pinturas: “La pobre muchacha se aburría mucho en Madrid. Mientras a su imaginación le entregaban a Grecia, el Olimpo, el Museo de Pinturas, ella, Ana Ozores, la de carne y hueso, tenía que vivir en una calle estrecha y oscura, en un mísero entresuelo que se le caía sobre la cabeza” (4.263).

Muy avanzada la obra, Ana Ozores, en uno de los periodos de recuperación de lo que los especialistas han llamado histerismo, está en el Vivero, la finca de recreo de los Marqueses, pasando una temporada con su marido, con el que ha ido a pescar a un río cercano:

Mientras ella, a orillas del río Soto, a media legua de Vetusta en compañía de su Quintanar, dejaba a las truchas escapar muertas de risa, su imaginación, vuelta a los tiempos y parajes clásicos, se bañaba en el Cefiso, aspiraba los perfumes de las rosas del Tempé, volaba al Escamandro, su-

<sup>28</sup> Podemos leer en el Nuevo Testamento (*Lucas, 2.1*) que César Augusto ordenó el empadronamiento de todos los habitantes del imperio. Suele fecharse ese mandato imperial hacia el año 8 a. C.; para cumplir con tal orden, José y María acudieron a Belén desde Nazaret, donde vivían.



bía al Taigeto y saltaba de isla en isla de Lesbos a las Cíclades, de Chipre a Sicilia...

Día hubo en que viajaba con Baco, Anita, recorriendo la India, o bien navegando en el barco prodigioso de cuyo mástil floreciente pendían racimos y retorcidos tallos, y tuvo que saltar de repente a la prosaica orilla del Soto, llamada por la voz del ex – regente que gritaba:

–¡Pero muchacha, que te están comiendo el cebo!. (27.459-60)<sup>29</sup>

Ana, siguiendo los consejos espirituales del Magistral, había ingresado en todas las cofradías:

Pero ni De Pas ni Mesía estaban satisfechos. Los dos esperaban vencer, pero a ninguno se le acercaba la hora del triunfo.

–Esta mujer –decía don Álvaro– es *peor* que Troya.

–El remedio ha sido peor que la enfermedad–, pensaba don Fermín. (19.205)

<sup>29</sup> La cita merece varios comentarios. Me ceñiré a lo esencial. Cefiso es el nombre de varios ríos griegos, notables en la tradición clásica, al menos dos de ellos. El primero, quizá el más famoso, corre por la Fócide y Beocia y desemboca junto a Orcómeno, en el lago Copais; lo menciona Píndaro varias veces. El segundo es el río de Atenas, nutrido con las aguas procedentes de los montes Parnes y Pentélico; termina en el mar entre los puertos de Falero y Pireo: lo menciona, por ejemplo, Sófocles. Finalmente, hay otro, menos conocido, que corre por la Argólide. El valle del Tempe (cuyo significado en griego es Corte) está situado entre los montes Olimpo (al norte) y Osa (al sur); por él transcurre el río Peneo, ya cerca de su desembocadura; fue conocido en la Antigüedad por su feracidad y belleza. El Escamandro es el famoso río de la Tróade, región de Troya, que corría junto a la famosa ciudad. En la *Iliada* se le llama también Janto, y es considerado hijo de Zeus. El Taigeto es la conocida montaña de Laconia (en el Peloponeso) con alturas superiores a los 2000 mts. Según Plutarco (*Vida de Licurgo*, 16) los ancianos espartanos comprobaban cómo eran los recién nacidos, y, en caso de que fueran deformes, los arrojaban a las llamadas Apótetas, un abismo situado al pie del Taigeto, en la idea de que el vivir no le sería útil ni al niño ni a la ciudad al no estar bien dotado desde el comienzo para la buena forma física y el vigor. Dioniso (Baco también llamado por griegos y latinos). El Himno homérico 7, *A Dioniso*, nos cuenta que unos piratas tirrenos secuestraron al dios que se encontraba en una playa con aspecto humano; lo subieron a la embarcación pero no lograron atarlo; entre otras maravillas que contó el piloto consta que, por el mástil, subió una vid con muchos racimos (la vid había sido inventada anteriormente por Dioniso). Esos piratas fueron transformados en delfines por la divinidad. Por otra parte, según las fuentes indican, Dioniso (hijo adulterino de Zeus y Semele), una vez criado, fue perseguido por Hera; enloquecido, recorrió Egipto, Siria, Frigia e India; desde allí, pasando por Tracia, regresó a Grecia, fue a Tebas y tuvo lugar lo que Eurípides recogió de modo magistral en sus *Bacantes*.

La Marquesa había tenido tres hijas y un hijo: de aquéllas, dos estaban casadas en Madrid; otra, había muerto tísica: “(...) y en los gabinetes, y hasta en las alcobas donde estaba aún el lecho virginal de las hijas de Vegallana, sonaban a veces carcajadas, gritos comprimidos, delatores de los juegos en que consistía la vida de aquella Arcadia casera. Aquella Arcadia la veía don Álvaro con ojos acariciadores; en aquella casa tenía el teatro de sus mejores triunfos (...)” (8.391).<sup>30</sup>

Una cita ilustre nos hace pensar en Temístocles. Sucede cuando un obispo quiso excomulgar a don Pompeyo:

Éste recibió la noticia en el Casino –todavía iba al casino entonces–. Una sonrisa angelical se dibujó en su rostro; así debió de sonreír el griego que dijo: Pega, pero escucha. La boca se le hizo agua: aquella excomunión le hacía cosquillas en el alma: ¡qué más podía ambicionar! En seguida pensó en tomar una postura moral digna de las circunstancias. Nada de aspavientos, nada de protestas. Se contentó con decir: –El señor obispo no tiene derecho de excomulgar a quien no comulga; pero venga en buena hora la excomunión...y ahí me las den todas. (20.210)<sup>31</sup>

Clarín critica duramente el poco gusto por el teatro en la ciudad donde se desarrolla su novela: “En opinión de la dama vetustense, en general, el arte dramático es un pretexto para pasar tres horas cada dos noches observando los trapos y los trapicheos de sus vecinas y amigas. No oyen, ni ven ni entienden lo que pasa en el escenario; únicamente cuando los cómicos hacen mucho ruido, bien con armas de fuego, o con una de esas anagnórisis en que todos resultan padres e hijos de todos y enamorados de sus parientes más cercanos, con los consiguientes alaridos, sólo entonces vuelve la cabeza la buena dama de Vetusta, para ver si ha ocurrido allá dentro alguna catástrofe de verdad” (16.88).<sup>32</sup>

<sup>30</sup> Al menos desde Jacobo Sannazaro (1456-1530) en su novela titulada *La Arcadia* se extendió la imagen idealizada de una región en donde los pastores se dedicaban a juegos, amores y vida poética. Influencias de tal obra pueden encontrarse en la *Diana* de Montemayor, la *Arcadia* de Lope de Vega y *La Galatea* de Cervantes.

<sup>31</sup> Según Plutarco, *Vida de Temístocles*, 11.3, en una discusión sobre el modo de llevar la guerra, el espartano Euribíades quiso golpear con su bastón a Temístocles, que, impávido, le dijo: “Golpea, pero escucha”( *pátaxon mén, ákouson dé*). La anécdota está recogida también en las *Obras morales* del autor griego, 185 b.

<sup>32</sup> Fue sin duda Aristóteles quien sentó el significado de la anagnórisis (*anagnôrisis*, es decir, el reconocimiento) en el teatro griego. En su *Poética* tenemos el término en 17

Los nombres de las escuelas filosóficas helenísticas aparecen con un contenido lejano del significado original. Así, hablando de los que veían el teatro en el palco de Mesía, se nos indica: “Todos eran escépticos en materia de moral doméstica, no creían en virtud de mujer nacida –salvo don Frutos, que conservaba frescas sus creencias– y despreciaban el amor consagrándose con toda el alma, o mejor, con todo el cuerpo, a los amoríos; creían que un hombre de mundo no puede vivir sin querida, y todos la tenían, más o menos barata (...)” (16.96).

En cambio, los del palco de Ronzal “no eran escépticos, sino cínicos, ni seductores más o menos auténticos, sino compradores de carne humana” (16.97). A este último grupo correspondía el ex–alcalde Foja: “socarrón, escéptico en todo, pero creyente fanático en la música de los cuartetos de ópera de lance” (16.98).

Dos alusiones lejanas a los cuatro discursos que Demóstenes escribiera contra Filipo de Macedonia y a los catorce, del mismo título, de Cicerón dirigidos, en especial, contra Marco Antonio, tenemos en el texto que ahora sigue. En efecto, el Magistral, tras haber estado en el Vivero con los Marqueses y sus invitados entre los que figuraba, naturalmente, la Regenta, regresa muy tarde hacia su casa, algo cargado de alcohol; no le había dicho a su madre que comería fuera “(...) ¿volvería pie atrás, desafiaría el mal humor de su madre? No, no se atrevía; no estaba el suyo para escenas fuertes, le horrorizaba la idea de una filípica embozada, como solían ser las de su madre, de un discurso de moral utilitaria...” (14.617).

Cuando el Magistral se encontraba en la Santa Obra del Catecismo de las Niñas, de la que era director, llegó la hora de los discursos: “Una joven de quince años, catorce oficialmente, se adelantó, y colocada cerca de la mesa recitó con desparpajo una filípica un tanto moderada por los eufemismos de la retórica jesuítica, contra los materialismos modernos, que negaban la inmortalidad del alma” (21.266).

---

ocasiones: afirma (*Poética* 1452 a 32) que la anagnórisis más hermosa es la que sucede al mismo tiempo que la peripecia (el cambio en el curso de los acontecimientos), tal como sucede en el *Edipo rey* sofocleo. Menandro, en el siglo IV, utilizó con largueza en sus comedias esos reconocimientos de familiares en situaciones extremas: por ejemplo, enamorados a punto de casarse que resultan ser hermanos; padres e hijos que se reconocen en el último momento; etc.

Una referencia sobre la distribución en triángulo o cuña de la famosa falange macedónica puede verse en el pasaje en que Quintanar, sabedor del adulterio de su esposa, se marcha de caza con Frígilis, y nos describe lo que observa desde el tren: “(...) sobre los bosques de robles y sobre los campos desnudos y las pomaradas tristes pasaban de cuando en cuando en triángulo macedónico bandadas de cuervos, que iban al mar, como náufragos de la niebla, silenciosos a ratos, y a ratos lamentándose con graznar lúgubre que llegaba a la tierra apagado, como una queja subterránea” (29.540).<sup>33</sup>

Alguna mención al arte griego, con sus distintos órdenes, hallamos en la obra de Clarín. Tal ocurre cuando el autor está hablando del Sr. Infanzón, a quien, con su esposa y la compañía de Obdulia, Bermúdez le había mostrado lo más destacado de la catedral vetustense: “El marido tenía en la cabeza una olla de grillos. Había oído en hora y media un curso peripatético –¡a pie y andando todo el tiempo!– de arqueología y arquitectura y otro curso de historia pragmática. El desgraciado ya confundía a los califas de Córdoba con las columnas de la Mezquita, y no sabía cuáles eran más de ochocientos, si las columnas o los califas; el orden dórico, el jónico y el corintio, los mezclaba con los Alfonsos de Castilla (...)” (2.207).<sup>34</sup>

En la descripción de Bismarck, campanero en funciones de la Catedral de Vetusta y, de oficio, delantero de diligencia, se nos dice: “El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la Wamba con una seriedad de arúspice de buena fe” (1.141-2).<sup>35</sup>

A propósito de Pedro, el cocinero de los Marqueses, nos indica el autor: “El fogón era su dios y él su Pontífice Máximo; los demás sacri-

<sup>33</sup> Para la falange macedónica uno de los primeros testimonios griegos es Polibio, 5.79.5 y 29.17.1. En el mundo romano, acúdase, por ejemplo, a Quinto Curcio Rufo, 3.9.2 (*par Macedonicae phalangiacies*, “línea semejante a la falange macedónica”).

<sup>34</sup> No se nos escapa la presencia de peripatético. El término griego que se les dio a los discípulos de Aristóteles, “peripatéticos” desde fines del siglo IV a. C., puede explicarse porque solían dar vueltas, durante las lecciones y explicaciones, en el *perípatos* (propriamente, “paseo circular”), una especie de claustro cubierto apropiado para lo que hemos indicado.

<sup>35</sup> Los arúspices (*haruspex*, *-cis*) eran sacerdotes romanos que hacían predicciones después de examinar las vísceras de las víctimas sacrificadas.

ficaban en las aras del fogón y Pedro celebraba misteriosamente y en silencio” (8.405-6).<sup>36</sup>

El escritor nos habla de don Carlos Ozores, padre de la Regenta, el cual, cansado de sus obligaciones como ingeniero militar, se dedicó a sus aficiones científicas y artísticas: “Pero al mismo tiempo se entregaba a las delicias de Capua, y, por fin, después de muchos amoríos, tuvo un amor serio, una pasión de sabio (o cosa parecida) que ya no es joven” (4.241).<sup>37</sup>

Clarín menciona en la obra que revisamos algunos detalles del atuen-do romano. Por ejemplo, cuando habla del casino de Vetusta y de sus distintas salas, a propósito de la sala del tresillo donde había siempre un silencio misterioso, nos dice el relator: “Los más bulliciosos muchachos al entrar en el gabinete del tresillo se revestían de una seriedad prematura; parecían sacerdotes jóvenes de un culto extraño. Entrar allí era para los vetustenses como dejar la toga pretexta y tomar la viril” (6.320).<sup>38</sup>

El canónigo Restituto Mourelo, alias Gloucester, estaba en el salón amarillo de la Marquesa de Vegallana en compañía de la propietaria, tres clérigos colegas, tres damas nobles, la esposa del gobernador civil y algunos jóvenes vetustenses. Se nos describe la indumentaria de Gloucester: “(...) Con la mano izquierda sujetaba, como un clavo romano, los pliegues del manto, que caía con gracia camino del suelo, deteniéndose en brillante montón de tela negra sobre la falda color cereza de la siempre llamativa Obdulia Fandiño” (13.569).

Don Robustiano Somoza sostenía que don Santos Barinaga, que tanto había abusado de la bebida, se moría a causa de verse privado del al-

<sup>36</sup> Durante la República romana el cuerpo de sacerdotes (los *flamines*, tres dedicados a los dioses mayores y doce que se ocupaban del resto de divinidades del panteón romano) mantuvo grandes poderes: controlaban la interpretación de los auspicios (manifestados, por ejemplo, mediante el vuelo de las aves), el cuerpo de las Vestales (vírgenes consagradas al templo de Vesta); etc. El *Pontifex maximus* sobresalía entre todo el cuerpo sacerdotal por sus especiales atributos.

<sup>37</sup> Los soldados de Aníbal, tras la victoria de Canas, se entregaron a la molice y el desenfreno en los alrededores de Capua (localidad del interior cercana a Nápoles), donde, según nos cuenta Tito Livio, 23.18.12, pasaron el invierno entre banquetes, excesos de bebida y prostitutas.

<sup>38</sup> En Roma los magistrados llevaban la toga pretexta (*toga praetexta*), blanca y bordada con hilo de púrpura; también la usaban los niños hasta los dieciséis años. A los diecisiete, se tomaba la toga viril (*toga uiril*), de color gris o marrón, lo que suponía una especie de rito de iniciación, de paso de la niñez a la edad adulta.

cohol. De este modo hablaba con el ex-alcalde Foja: “–Oiga usted, señor decurión retirado, ¿conoce usted la acción del alcohol en las flegmasías de los bebedores? No mienta usted, porque no la conoce” (22.301).<sup>39</sup>

Ana, vestida de nazarena en la procesión de Viernes Santo por mostrar su total fidelidad al Magistral, es comparada a los vencidos que desfilaban en Roma cuando los generales vencedores celebraban un triunfo militar. Desde una ventana del Casino, Álvaro Mesía le decía a don Víctor que Ana había sido un instrumento al servicio del orgullo del Magistral. Don Víctor respondía: “–¡Eso, instrumento, vil instrumento! La lleva ahí como un triunfador romano a una esclava...detrás del carro de su gloria...” (26.431.).

Y, en esos momentos, Mesía pensaba de este modo: ““Claro que les molestaba a los nervios aquel espectáculo en que aparentemente el rival se mostraba triunfando a la romana, según don Víctor, pero...no había tocado en ella”” (26.431).

## 6. Sobre el léxico de origen griego o latino<sup>40</sup>

Clarín recoge algunas observaciones a propósito del léxico de origen griego o latino. Es un punto de extrema importancia que merecería un estudio especial. Aquí apunto tan sólo algunos detalles. Así, la marquesa de Vegallana, los días que no había teatro en Vetusta, recibía a sus amistades: “Sólo intervenía en la conversación para hacer alguna advertencia del género de los epigramas del Arcipreste, su buen amigo. En estas breves interrupciones, doña Rufina demostraba un gran conocimiento del mundo y un pesimismo de buen tono respecto de la virtud. Para ella no había más pecado que la hipocresía; y llamaba hipócritas a todos los que no dejaban traslucir aficiones eróticas que podían no tener. Pero esto no lo admitía ella (...)” (8.387).

<sup>39</sup> Un comentario especial merece el término decurión, funcionario romano que, en los primeros tiempos, estaba al mando de diez caballeros; posteriormente, podía ser, por ejemplo, senador municipal en las provincias romanas. Por su lado, la flegmasía (*phlegmasiç / -ía*), “inflamación”, es un término médico griego. El *Corpus Hippocraticum* lo presenta en más de veinte secuencias; posteriormente, lo conocen bien Aristóteles, Galeno y Areteo, entre otros.

<sup>40</sup> En esta ocasión, aludiré, tan sólo, a algunos detalles léxicos que encontramos diseminados en la *Regenta*. Hemos visto varios vocablos procedentes del latín, sobre todo, al ocuparnos de apartados precedentes.

En cierto momento, Ana y su marido pasean por el Vivero. Quintanar le decía de este modo:

Estoy por la canción, por la poesía que se acompaña en efecto de la lira o de forminge... ¿Tú sabes lo que era la forminge...*phorminx?*  
Ana sonrió y le explicó el instrumento griego a su buen esposo.  
(27.440)<sup>41</sup>

En otro lugar, a propósito de las prostitutas, se nos dice: “En una ocasión el mismísimo Saturnino Bermúdez escribió su gacetilla correspondiente que se llamaba a secas: *Meretrices*, y acababa diciendo:”de la impúdica *scortum*” (6.335).<sup>42</sup>

Por su lado, Quintanar, a propósito de Petra, su criada, habla en confianza con Mesía: “Es preciso evitar a toda costa que Ana sepa que yo, en momento de ceguera intelectual y sensual, fui capaz de solicitar los favores de esa *scortum*, como las llama don Saturnino” (29.510).<sup>43</sup>

## Bibliografía<sup>44</sup>

### Edición seguida

ALAS, LEOPOLDO, “Clarín”, 1990. *La Regenta*, I-II, Juan Oleza (ed.), Madrid: Cátedra.

<sup>41</sup> El latín clásico no registra este vocablo, tan importante en griego desde Homero. Al son de la fórminge, los aedos cantaban los poemas homéricos, por ejemplo. Ya Homero registra el vocablo: *phórmigx* (genitivo -ggos), pequeña lira de tres o cuatro cuerdas (posteriormente llegaría a tener siete). Es el único término griego transcrito en la *Regenta* (y muy bien, en verdad) por Clarín.

<sup>42</sup> El término latino *scortum* significa también “prostituta”, pero tiene un fuerte componente peyorativo, pues en su origen tenía el valor de “pellejo”. Nótese que también el español ha recogido la doble acepción de este último vocablo.

<sup>43</sup> En 28.507 Quintanar le ha contado a Mesía que en alguna ocasión se le había insinuado a Petra, aunque sin mayores consecuencias, pues le habían faltado siempre constancia, decisión, entusiasmo y deseo.

<sup>44</sup> De entre la numerosa bibliografía sobre Clarín, selecciono solamente la relacionada con *La Regenta*.

## Estudios

- AAVV, 1982. *Clarín y "La Regenta"*, Sergio Beser (ed.), Barcelona: Ariel.
- AAVV, 1984. "La Regenta", en *Los Cuadernos del Norte*, 23.
- AAVV, 1985. *Clarín y su época en el centenario de La Regenta*, Antonio Vilanova (ed.), Barcelona: PPU.
- AAVV, 1987. *Clarín y La Regenta en su tiempo*. Actas del Simposio internacional, Oviedo: Gráficas Summa.
- AGUDIEZ, JUAN VENTURA, 1970. *Inspiración y estética en "La Regenta" de Clarín*, Oviedo: Instituto de Estudios asturianos.
- ALEGRE, CELINA, 1992. *Afinidades peligrosas. Un estudio sobre "La Regenta"*, Lérida: Pagès.
- BÉCARUD, JEAN, 1964. *"La Regenta" de Clarín y la Restauración*, Teresa García-Sabell Bécarud (trad.), Madrid: Taurus.
- BRENT, ALBERT, 1951. *Leopoldo Alas and La Regenta*, Columbia: Missouri (recopila las referencias explícitas o implícitas sobre autores y obras literarias, dedicando al mundo clásico la atención pertinente).
- IRANZO, CARMEN, 1984. *"La Regenta": Cultura e idiosincrasia de Clarín*, Valencia: Albatros.
- MARTÍNEZ CACHERO, JOSÉ MARÍA (ed.), 2003. *La Regenta*, Oviedo: Ediciones Nobel.
- RUTHERFORD, JOHN, 1988. *"La Regenta" y el lector cómplice*, Murcia: Universidad.
- SOBEJANO, GONZALO, 1985. *Clarín en su obra ejemplar*, Madrid: Castalia.
- TINTORÉ, MARÍA JOSÉ, 1987. *La Regenta de Clarín y la crítica de su tiempo*, Barcelona: Lumen.
- VALIS, NOËL M., 1981. *The decadent vision in Leopoldo Alas. A Study of "La Regenta" and "Su único hijo"*, Londres: Louisiana University Press.

## Sobre la tradición clásica en Clarín

- LÓPEZ FÉREZ, JUAN ANTONIO, 2009. "Notas sobre los mitos y nombres míticos clásicos en Leopoldo Alas, "Clarín"", *Florentia Iliberritana* 20, 79-125.
- RUIZ PÉREZ, ÁNGEL, 1997. "Clarín y el mundo clásico", *Estudios clásicos* 111, 61-71.



- , 2000. “Crítica, sátira e ideal ilusorio del mito en Clarín”, *Revista Hispánica Moderna* 53, 305-324.
- , 2002. “La teoría literaria grecolatina en la producción clariniana”, en AAVV, *Leopoldo Alas. Un clásico contemporáneo (1901-2001)*, Actas congreso internacional, Oviedo: Universidad de Oviedo, II, 693-712.